

ALMA MATER
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 24 DE OCTUBRE DE 1841.

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOME CARRANZA DE MIRANDA,

ARZOBISPO DE TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTICULO 3^o

Mientras se ocupaba el nuevo Provincial en sus proyectos de reforma monástica, se preparaban graves acontecimientos para trastornar la Europa. Las disputas entre el emperador y la silla pontificia acerca de la posesion de Plasencia y Parma, habian acabado con la muerte de Paulo III; y su sucesor pensaba solo en asegurar su influencia en el futuro combate que aprestaba el luteranismo. — Seducido por las promesas de Cárlos, seguro de que no se ejecutarían los decretos de ninguna asamblea eclesiástica sin la autorizacion papal, Julio III espidió sus bulas para la convocacion del concilio en la ciudad de Trento. Obligóse el rey de Francia á prestar su apoyo á las decisiones de la congregacion: disuelta la liga de Smalkade, vencidos y humillados los protestantes, robustecidas las alianzas católicas, parecia todo fácil y hacedero al triunfante soberano. Rodeado de numerosas tropas, seguido de sus generales victoriosos y desplegando el lujo de su magnificencia imperial, abrió la dieta de Ausburgo en julio de 1550. Demandando plenos poderes para decidir sobre la

restitucion de las propiedades eclesiásticas, exortó á la asamblea á reconocer el concilio que habia de celebrarse en Trento, prometiendo sumision y obediencia á sus resoluciones. Concedidos estos puntos, rendido Magdeburgo despues de un sitio de diez meses, en la altura de su poder y meditando ambiciosos planes, se retiró Cárlos V á Inspruck, punto céntrico de donde podia vigilar al mismo tiempo la Italia y la Alemania, y ejercer influencia en las discusiones del concilio.

Habia ya circulado sus órdenes á España designando prelados y señalando teólogos en quienes fiaba las graves materias y complicadas disputas que habian de tratarse en la célebre asamblea. Una cédula real alcanzó á Carranza en su retiro, y repelida esta orden marchó para Trento el dominicano, dejando el cuidado de la provincia á fray Hernando de Ontiveros. El arzobispo D. Juan Martinez Silicéo le dió tambien sus poderes de representacion, y volvióse á presentar de nuevo en la combatida arena de las controversias eclesiásticas. Aumentóse su antigua fama con sus trabajos concienzudos. Ni una session fué perdida para su celo, ni dejó de asistir á congregacion alguna. Entre los diferentes negocios que cometieron á su cuidado, encargáronle la formacion de índices prohibitorio y espurgatorio, á cuyo fin le facilitaron inmenso número de libros: sin arredrarse por la fatiga y cansancio de la tarea, se entregó sin dilacion á su exámen, haciendo quemar cuantos reputó perniciosos y dando los útiles é indiferentes al convento de San Lorenzo de su orden. Allí se vé ya prestándole ayuda en sus trabajos al fraile andaluz, Antonio de Utrilla, que habia de darle luego en el largo espacio de sus prisiones tan vivo testimonio de su afecto generoso y desinteresado.

Disolvióse entretanto el concilio: nuevas guerras y complicaciones habian preparado rápidamente su fin. Los triunfos del emperador habian alarmado á todos los príncipes de Alemania: conocian los protestantes que su poder ahogaria la reforma, miéntras que los católicos temian el exorbitante desarrollo de una fuerza que habia de esclavizar los privilegios de los electores germánicos. El hábil y ambicioso general de Cárlos V, Mauricio de Sajonia, que en recompensa de sus servicios habia recibido suma influencia y alta dignidad en los consejos de Alemania, concibió el proyecto de vender á su protector, conquistando al mismo tiempo la simpatía de los protestantes á cuya comunión pertenecia. Prudente y disimulado, aseguró el apoyo de los duques de Mecklemburgo y de Witemberg, asi como del margrave de Brandeburgo; y con el mayor sigilo concluyó un tratado con el rey de Francia que, acordándole considerables subsidios, prometió llevar sus armas hácia la Lorena. — Tal fué el secreto de estas negociaciones que ni el emperador ni sus mas hábiles ministros llegaron siquiera á sospecharlas. Durante el sitio de Magdeburgo escribia Mauricio á su gefe cartas llenas de respeto y de protestas de sumision: rendida la plaza, pidióle permiso para dar cuenta de sus operaciones; y como si estuviese pronto á obedecer las decisiones del concilio, demandó un salvo-conducto para que pasasen sus teólogos á Trento. — Cuando todo estuvo perfectamente preparado para la ejecucion de sus planes, en el instante mismo en que le aguardaba Cárlos en Inspruck como amigo y aliado, levanta el de Sajonia sus fuerzas en Thuringia, y reuniéndose con sus cómplices, aparece al frente de veinte y cinco mil hombres ante las puertas de Augsburgo. En el camino publicó un manifiesto declarando que habia tomado las armas para prevenir la ruina de la reforma y defender la constitucion, las leyes y libertades del imperio violadas por el emperador: en términos mas

violentos imitó su conducta el margrave de Brandeburgo; y el rey de Francia, apoderándose de Toul, Verdun y Metz y adelantándose en la Alsacia, aseguró en una proclama que empezaba la guerra á petición de los miembros mas ilustres del cuerpo germánico. La sumision de Augsburgo, la reunion de Nuremberg y de las principales ciudades de Suavia á la confederacion, dieron ánimo al partido protestante que tomó con violencia la iniciativa. Los príncipes católicos se mantuvieron neutrales sin atreverse á defender su causa, y Mauricio de Sajonia se adelantó rápidamente hácia el Tirol. La alarma que su irrupcion produjo en los estados llegó hasta Trento: los prelados alemanes abandonaron la ciudad, y el cardenal legado, aprovechándose de esta coyuntura, disolvió la asamblea.

Pasaban estos acontecimientos en la primavera de 1552: como los demas representantes españoles, volvió Carranza á la península, cerradas las sesiones del concilio. Su priorato provincial acabó por aquel tiempo, y el dominicano fijó su residencia en el colegio de San Gregorio. La corte estaba en Valladolid, donde se habia fijado el príncipe de Asturias despues de su vuelta de los Países bajos. Gustaba Felipe de consultar á Carranza sobre los negocios de la iglesia, y despachaba pocas solicitudes sin oír de antemano su parecer: el consejo de Castilla le enviaba tambien expedientes considerables, y el Santo Oficio le demandaba su opinion sobre las causas religiosas. Abrumado de trabajo, apenas hallaba tiempo para dedicarse á sus acostumbradas oraciones. Por otra parte deseaba continuamente el príncipe que predicase, y sus sermones elocuentes eran escuchados por los prelados y la grandeza que seguian á Felipe y se apiñaban detras de él. Encargáronsele varias comisiones, que desempeñó con su conciencia acostumbrada; pero el trabajo mas delicado que á su cargo tuvo fué el examen y correccion de las biblias estrangeras que en multitud de ediciones por la península corrian. Dióle el consejo de la Inquisicion por acompañado á Diego Tavera, arcediano de Calatrava: largos pero provechosos fueron sus trabajos de censura: y en vista de muchos antecedentes y datos antiguos, cuidaron de la impresion de una biblia latina, corregida con sumo esmero, que ha servido de original para todas las ediciones posteriores. La capacidad de Carranza, su admirable facilidad para escribir y la profundidad de sus conocimientos le hacian despachar á la vez todas sus tareas, quedándole aun tiempo para ocuparse en coordinar apuntes de sus tratados religiosos.

Satisfecho el emperador de la prudencia que desplegaba su hijo en la gobernacion de la monarquía, estimando en alto punto sus talentos y deseando en su ambicion legarle el imperio del mundo, trató de casar al príncipe de Asturias con la reina de Inglaterra. Por muerte de su hermano Eduardo, alcanzaba la corona la católica María. Hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, habia conservado siempre alta idea de la grandeza española, y amaba con ardiente fanatismo sus desterradas creencias. Las proposiciones matrimoniales de Carlos V fueron admitidas con júbilo, y la resistencia del Parlamento vencida sin dificultad. La ambicion del príncipe halagaba un proyecto que ponia en su mano el cetro de los mares, pues los ingleses solos podian rivalizar con la marina de España. Los tercios castellanos alcanzaban una superioridad incontestable en Europa, y reunidas ambas naciones podian decidir á su arbitrio de los destinos del mundo. Por otra parte deseaba Felipe reconciliar la Inglaterra con la Sede romana; perdida esta importante columna, caia para siempre en el polvo el inquieto luteranismo. Buscando á su al-

rededor un hombre bastante hábil para llevar á cabo tan delicada negociacion, fijó el príncipe sus miradas en Bartolomé Carranza: en frecuentes y misteriosas conferencias arregló el dominicano su plan y preparó sus recursos: eligió letrados que le ayudasen, y provisto de despachos y recomendaciones, partió en mayo de 1554 á las costas de Inglaterra.

Impaciente de ver llegar á Felipe, recibió María con suma atencion á su enviado. Obediente á las instrucciones del príncipe español, hízole conocer todos los personajes de Lóndres que podian ayudarle á la realizacion de sus proyectos. Presentado en la corte, desplegó altos recursos Bartolomé Carranza. No era ya el fraile modesto y retirado que no buscaba otro mundo que el de la meditacion y los estudios religiosos: persuadido de que tenia á su cargo una gran obra, preocupado del objeto de su mision, estaba resuelto á emplear su talento para llevarlo á cabo, venciendo las resistencias que hallase en su camino. Su imaginacion estusiasta prestó un carácter de santidad á la empresa que acometia; y cortesano y flexible, empleó sin saberlo los resortes de la mas hábil diplomacia. El primero y mas importante paso, la piedra angular de la proyectada reconciliacion era la entrada en Inglaterra del cardenal Reginaldo Polo legado á látere Sede del sumo Pontífice. Aunque ingles de nacimiento y enlazado con los vínculos de la sangre á la familia real, no le admitia el Parlamento en calidad de prelado católico ni reconocia su mision. Las intrigas de Carranza allanaron las dificultades; y su admision desde entónces quedó completamente decidida. El príncipe habia llegado entretanto á la costa en magníficas galeras, rodeado de un séquito numeroso y lucido de magnates españoles. Presentábase como rey de Nápoles y de Sicilia, títulos y estados que le cediera el emperador para realzar su dignidad á los ojos de la nacion inglesa. La brillante comitiva que le acompañaba, sus trages y libreas ostentosas, sus regalos y limosnas, su orgullo y liberalidad deslumbraron á los señores de Lóndres. Unicamente cuidadosa de la voluntad de su marido hacia quien habia concebido violenta pasion, no pensaba la reina María en otra cosa que en agradarle: aunque sin autoridad aparente, Felipe fué proclamado rey de Inglaterra en solemne ceremonia.

La fortuna sonreia á su católica empresa: arreglada la reconciliacion con la Sede romana, entró el cardenal Polo en Lóndres con notable pompa y singular ostentacion: prestó el reino la obediencia al Papa, y el dogma antiguo apareció de nuevo triunfante en la cismática Inglaterra. Agradecido Felipe á los felices trabajos de Carranza, llamóle aquel mismo dia á su palacio de White-Hall, donde le dió gracias repetidas veces ante un numeroso concurso, recomendando especialmente su celo á la reina su esposa. — Murió Julio III en marzo de 1555: sucedióle Marcelo II que acabó á los pocos dias, y entró á gobernar la iglesia el cardenal Carrafa, arzobispo de Nápoles y obispo de Ostia, que tomó el nombre de Paulo IV.

La actividad del dominicano no desmayaba con el triunfo. Consultado frecuentemente por el príncipe-rey, entró en sus miras de clemencia y de reaccion. María llevaba su católico zelo aun mas léjos que su esposo: era necesario contenerla porque en ella sola radicaba la gobernacion constitucional de la monarquía. No entraba sin embargo en los planes de Felipe la absoluta tolerancia: antes bien su objeto era la ruina total de la reforma, y para alcanzar este fin nada le parecia costoso, ningun sacrificio superior á su constancia y á sus fuerzas.

Bartolomé Carranza era su consejero y su ministro: infatigable en el tra-

bajo, habia predicado constantemente á los herejes, aterrando á los unos, convirtiendo á los otros, asombrando á todos con la profundidad de su instruccion y la altura de su elocuencia. Pasaba á veces largas horas disputando públicamente con los mas notables defensores de la religion luterana, ó respondiendo á sus argumentos por escrito; casi siempre victorioso en estas luchas, la comunicacion continúa, la discusion constante hacian ablandar, á pesar suyo, su intolerante zelo, dando cabida á sentimientos mas dulces pero ménos templados para el gran combate que se aprestaba.—Encargado de arreglar la devolucion de los bienes de la iglesia, su habilidad venció las dificultades que se oponian, convenciendo á los mas interesados en su enagenacion y haciéndoles prestarse de buen grado á sacrificar sus pretensiones.—El uso de la misa, abolido en todo el reino, fué puesto en vigor por un decreto real, y Carranza que tuvo mucha parte en esta medida, publicó una instruccion para su inteligencia, dedicada á D. Juan de la Cerda, duque de Medinaceli.—Disponia lucidas procesiones para solemnizar las fiestas eclesiásticas, y tomaba por testo en sus sermones el capítulo 22 de San Lucas: «Ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua.» Asi, honrado en la confianza del príncipe, celebrado por los católicos y respetado por los herejes, pasaba su vida el dominicano en constantes esperanzas de destruir por acertadas medidas los últimos restos de la vencida reforma.

Entretanto, despues de la disolucion del concilio, se habia ensañado mas y mas la fortuna contra el desgraciado emperador. Sus tropas fueron completamente batidas en Renti por Mauricio de Sajonia; entregado al pillaje su palacio de Inspruck, y su persona apénas pudo salvarse en la oscuridad de una noche tormentosa por estraviados caminos. Apremiado por la necesidad, vióse obligado á firmar el tratado de pacificacion de Passaw, que estableció garantías en favor de los protestantes. El Lujemburgo fué invadido por los franceses; las costas de Calabria y la ciudad de Nápoles amenazadas por una flota turca; perdida la influencia en Italia, y ante los muros de Metz las tropas imperiales se retiraron con pérdida. El papa Paulo IV, enemigo irreconciliable de Cárlos V, hizo liga con el rey de Francia para apoderarse del reino napolitano. Volvieron las alteraciones con la ambicion del margrave de Brandeburgo que fué batido por Mauricio en Sevenhuasen, costándole la vida su victoria. Enfermo el emperador en Bruselas, abrió su hermano Fernando la dieta que habia de confirmar la pacificacion de Passaw. Origináronse disputas y litigios; y entre muchas disposiciones favorables á los luteranos, declaróse exentos de la jurisdiccion del Papa á cuantos seguian la confesion de Augsburgo.—Aunque el artículo de la reserva eclesiástica, estipulado por Fernando de Austria, defendia con inespugnable barrera los restos de los bienes de la iglesia, poniendo coto á la defeccion de los prelados, Paulo IV miró la concesion hecha á los protestantes como una usurpacion sacrílega de la autoridad pontificia, amenazando con la escomunion á Cárlos V y al rey de los Romanos si no declaraban nula la resolucion de la dieta.

Amontonábanse de nuevo las nubes en el horizonte de Europa, mientras los Turcos estendian su imperio en el Mediterráneo. Aflijido por los reveses que habian sucedido á sus brillantes triunfos, devorado por la melancolía heredada de su madre, que habia degenerado en profunda tristeza, abatido al ver la inutilidad de sus esfuerzos para estirpar las doctrinas reformadas, enfermo gravemente con violentos ataques de gota, disgustado de los negocios y del mundo, trató el emperador de renunciar sus coronas y resignar en

vida su poder. Muerta doña Juana la loca en abril de 1555, no habia obstáculo alguno para su abdicacion como rey de España.—Mandó llamar á su hijo desde Lóndres á Bruselas; y partió el príncipe D. Felipe, dejando sus instrucciones á Carranza para que en todo asistiese á la reina María y adelantase con el legado apostólico la gran empresa de la estirpacion de la reforma.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

ARTICULO 4º

Estrechamente unido con el cardenal Polo, empezó Carranza á reorganizar la iglesia de Inglaterra, conmovida por movimientos contrarios. Enrique VIII habia destruido los antiguos reglamentos, abriendo ancho camino al espíritu innovador que hizo de los templos una arena de disputa. Aplicóse el dominicano á devolverles su antigua paz, nombrando inspectores á los frailes que de España habian venido, y cuidando en gran manera de su policia interior. El carácter naturalmente triste de la reina se agrió desde la partida de su esposo, hácia quien habia concebido una pasion maniática: su fanatismo, cada vez mas exaltado, anhelaba, como piadosa obra, la violenta y sanguinaria destruccion de la herejía. Carranza se vió mas de una vez obligado á moderar su zelo, aunque los últimos acontecimientos de Alemania, la abdicacion del emperador y la frialdad algo hostil de Paulo IV imponian á Felipe II la grave obligacion de velar inflexiblemente para que, á favor de tantas alteraciones, no se emancipase otra vez la Inglaterra de la comunión de Roma.

Poco ántes de morir habia decretado Julio III la reunion de un concilio nacional donde se discutiese y arreglase definitivamente cuanto tocase á la completa rehabilitacion del catolicismo y á las relaciones del gobierno inglés con el pontificado. No se prestaba obedientemente el reino á la convocacion de esta asamblea bajo los auspicios de prelados españoles; pero Carranza, allanando todas las dificultades, transigiendo con los contrarios intereses, y valiéndose del prestigio que le daba su moderacion, logró que empezasen las sesiones del concilio el dia de todos los Santos, á orillas del Támesis, en el palacio del arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra. Duró hasta la cuaresma del siguiente año en que le prorogó el legado para que no quedasen por mas tiempo huérfanas, las iglesias de sus pastores. Ocupóse entónces el dominicano en arreglar los cánones, clasificándolos con sencillez para presentar un trabajo ordenado en las sesiones futuras.

Habia mandado entretanto el cardenal Polo una reforma general en las universidades; algunos clérigos españoles parieron con otros muchos ingleses á Cambridge, y para visitar la universidad de Oxford nombró la reina una comision compuesta de fray Bartolomé Carranza, el doctor Polo, dean de Lóndres, y Nicolás Amanto, datario de la legacia. Sus informes al gobierno no pudieron ménos de ser favorables: la enseñanza se aplicaba con esmero: estudiábanse las doctrinas católicas, y las ideas luteranas eran refutadas diariamente de palabra y por escrito: habian acudido á aquel antiguo establecimiento afamados doctores, severos eclesiásticos, y eran sus principales maestros fray Pedro de Soto y fray Juan de Villagarcía.

De vuelta á la capital cuidó el infatigable dominicano de devolver al culto

la pomposa magnificencia que le despojara la reforma. Recibia continuamente por orden del rey, inmensas cantidades de España que gastaba en limosnas y en suntuosísimas procesiones que mandaba celebrar. Asistian los magnates ingleses y españoles con la cabeza descubierta en las lujosas ceremonias, volviendo á brillar el oro y la pedrería en los ornamentos eclesiásticos.

Arreglada la enseñanza pública, organizadas las parroquias, concluido el concilio y pacificada la nacion, decidióse el castigo de los principales hereges que habian figurado en las revueltas anteriores. Exigiólo Paulo IV, demandólo ardientemente la reina, y Felipe, viendo anuncios de próxima tempestad, dió sus instrucciones á Carranza. Comenzáronse algunos procesos y se desterraron varias personas. Tomas Grammer, que pronunció la sentencia de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragon fué nombrado en recompensa arzobispo de Cantorby por el monarca perjuro. Su causa fué remitida al papa en vista de ella formó tribunal con los cardenales y recayó la sentencia de muerte relajándole al brazo secular. Los protestantes de Inglaterra miraron su desgracia como propia: formáronse asociaciones con el fin de libertarle: sus ardientes secuaces circularon proclamas incitando á la rebelion; y entretanto Carranza permaneció tranquilo, calmando el espanto de la reina entristecida con los siniestros anuncios. Hízose alarde de la fuerza militar; tomáronse las precauciones convenientes, y Tomas Grammer fué quemado vivo sin resistencias ni alboroto.

Entregóse en Cambridge á las llamas el cuerpo de Martin Bucero, insigne dogmatizador de los errores luteranos; y el preceptor del difunto rey Eduardo fué enviado desde Flandes á Lóndres, donde, en presencia del cardenal y de María retractó sus doctrinas heréticas, reconciliándose con la comunión católica de que se habia apartado. — Impusieronse algunas penitencias públicas, encargáronse otras secretas, y en todas partes contenia Carranza los escesos que traia consigo la reaccion. Pensando luego sofocar en su origen el mal, propuso á la reina sus proyectos para contener la imprenta luterana: promulgáronse decretos impidiendo la publicacion de dañados libros y recogiendo las obras que contenian gérmenes de trascendentales errores. Las equivocadas biblias que estaban en los templos á disposicion comun, atadas con cadenas á los bancos, fueron arrancadas de su puesto y entregadas á las llamas: prohibióse la libre introduccion de folletos alemanes y sujetáronse á censura los de las otras naciones. Treinta mil personas salieron desterradas de Inglaterra, extranjeros en su mayor parte que habian acudido de Flandes y de España á gozar de la libertad de cultos; protestantes suizos y austriacos, ó calvinistas franceses que alimentaban la discordia y mantenian el pais en constante agitación.

Estas medidas atrajeron terribles enemistades hácia Carranza. Suponíanle autor de unas persecuciones que se esforzaba en moderar: y el populacho, instigado por los señores protestantes, llegó alguna vez hasta insultar su dignidad con dicterios que ni le aterraban ni conmovian. «El fraile negro, decia un marino holandés predicando una noche en las orillas del Támesis, es la causa de todas vuestras desdichas: él sostiene con su autoridad la opresion española: es necesario libertarse de él»: aquella misma tarde fueron á buscarle unos grupos junto al convento: divisaron de lejos el hábito sombrío del dominicano, y dejándole pasar, atacaron su celda solitaria, rompiendo las puertas, mas sin poder entrar porque acudieron unos criados aragoneses: muchas veces repitieron tentativas para matarle, y siempre gracias á su serenidad y fortuna, se libertó de asechanzas y persecuciones.

Concluidos sus trabajos en Inglaterra, pasó Carranza á Flandes en julio de 1557, á dar cuenta de su conducta á Felipe II. Hallóle ocupado en la guerra contra Francia, pero á pesar de la rapidez de sus preparativos, enteróse menudamente de cuanto en favor de la unidad católica se habia hecho. Quedóse el dominicano en Bruselas donde á poco llegó la noticia de la victoria de S. Quintin: completamente derrotados los franceses, dejaron libre campo á los proyectos del jóven monarca que empezó á desarrollar su vasto y difícil sistema. Por órden suya partió Carranza á Lovaina, donde de acuerdo con el doctor Ricardo Tapaes, chanciller de la universidad, formó varios reglamentos para estorbar la entrada de los libros hereges que los alemanes introducian. Muchos luteranos, emigrados de Córdoba y Sevilla al norte de Europa, habian ido pasando el Rhin á favor de las últimas guerras; y sus doctrinas, publicadas en español, inficionaban á sus compatriotas que acudian en gran número á perfeccionar su enseñanza, aprendiendo de paso el idioma flamenco. Asi la famosa universidad contenia peligrosos gérmenes de ideas protestantes, y los estudiantes de teología dejaban entrever en sus ejercicios públicos tendencias reformadoras. Y como la política del emperador habia sido traer á Lovaina, jóvenes de ilustre alcurnia para familiarizar á los españoles con sus nuevos estados y estrechar provincias lejanas con los vínculos de mútuo é íntimo comercio, las semillas luteranas habian de fructificar luego en la península donde desgraciadamente se hallaban sobrados elementos para abrigar su desarrollo. Felipe II comisionó á Carranza y á D. Francisco de Castilla, alcalde de casa y corte, para calificar á los estudiantes de España, tomando nota de las ideas de cada uno, y adoptando precauciones para que no corriese el contagio. Recogieron muchos libros de inficionada doctrina, y enviaron á Francfort, disfrazado de seglar, al religioso agustino Lorenzo de Villavicencio, fraile jerezano de singular actividad: cogiéronse y quemáronse muchas obras, y averiguóse que se introducian por la frontera de Jaca en el reino de Aragon. Avisólo el rey al Inquisidor general, para que zelase las comunicaciones de los emigrados españoles en Alemania.

Habia muerto en mayo de aquel año el cardenal arzobispo de Toledo don Juan Martínez Silicéo. Llegada á Bruselas la noticia, resolvió el rey á pesar de las pretensiones de antiguos prelados y de los miembros mas distinguidos de la grandeza, conferir á Carranza tan elevada dignidad. Satisfecho de su celo, agradecido á sus trabajos, procuró sin embargo meditar con la acostumbrada detencion el nombramiento del primado de España, y decidido, participó su voluntad al hábil y sorprendido dominicano. En vano se escusó con sentidas frases en cuanto el respeto le permitia: en vano hizo presente al monarca que no se hallaba con fuerzas para sostener tal peso y que era mas conveniente nombrar á un prelado de primera clase para regir la iglesia española: propuso con este objeto á D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, obispo de Segovia, despues cardenal-arzobispo de Sevilla: á D. Francisco de Navarra, obispo de Badajoz, despues arzobispo de Valencia, y al célebre fray Alfonso de Castro de la órden de San Francisco, despues arzobispo electo de Santiago; representó los méritos y servicios de cada uno, exajerando sus cualidades y merecimientos; repitió sus escusas, agotando todos los pretextos para expresarlas: pero el rey, que no mudaba facilmente de resolucion, le mandó aceptar bajo la pena de obediencia y fidelidad que le debia. En el monasterio franciscano de Bontandal, cerca de Bruselas, donde fué á comulgar el soberano ántes de partir para el ejército, repitió con mas calor sus súplicas Bar-

tolomé Carranza, sin recibir otra contestacion. Esta muestra de señalado aprecio fué un verdadero pesar para el modesto dominicano.

Mas ambicioso de gloria que de dignidades, conceptuábase débil para atender á las complicadas atenciones que el arzobispado de Toledo llevaba en aquellos tiempos consigo. La gran estension del territorio á que se estendia su jurisdiccion, las prerogativas y derechos de que gozaba, las enormes rentas de que disponia, la numerosa sociedad eclesiástica que acataba sumisa sus órdenes, los honores é influencia política que acompañaban tan alta dignidad, asustaban á Carranza que, como Ximenez de Cisneros, tenia elevadísima opinion de los deberes de un prelado. Por otra parte sus negociaciones diplomáticas en Lóndres, sus controversias con los protestantes, sus disputas con los herejes, le habian hecho acercarse forzosamente á los que odiaba como sectarios y enemigos. La exajerada idea que se habia formado de su perversidad en el retiro del claustro no pudo menos de perder su violento empuje. Lamentando el extravio de sus doctrinas, llegó á conocer en el trato íntimo con los luteranos, que el espíritu de secta preocupaba el ánimo de hombres honrados, leales, llenos á veces de virtudes y de vastísima instruccion: vió morir en la hoguera á pertinaces hereges que cantaban los salmos y las profecías entre los dolores y angustias del suplicio. Desde entónces, fácil es comprenderlo, la compasion tuvo mas cabida que el odio en su alma y una tolerancia secreta entró, á pesar suyo, en su corazon. No eran estas las disposiciones mas necesarias para empezar la violenta reaccion que reclamaba el catolicismo: otras cualidades necesitaba el gefe de la iglesia española: fanatismo mas ardiente buscaba Felipe II, y el dominicano lo sabia. Asi que, al examinar su propia alma en la soledad de su retiro, temblaba al considerar la grave carga que iba á echar sobre sus débiles hombros.

Volvió á Bruselas el rey, y su secretario Pedro del Hoyo visitó á Carranza para arreglar su presentacion al arzobispado: vaciló de nuevo y retrocedió: pero pasando á verle grandes de España, magnates flamencos y extranjeros príncipes, le rogaron encarecidamente que no diese al soberano un disgusto con su negativa. Convencido y obligado, espresó su agradecimiento á Felipe II, suplicándole solo que lo libertase de tan grave peso, si se presentaba una persona mas digna, ya que las bulas pontificias habian de tardar forzosamente por los embarazos de la guerra de Nápoles. El rey mismo escribió de su mano la presentacion, marcada con el sello de la puridad; y á los tres meses llevó á Carranza el capitán Heraso su presentacion pública que fué enviada inmediatamente á Roma. Propuesto y preconizado en consistorio pontificio el 16 de diciembre, se despacharon á los tres dias las bulas sin requisitos curiales ni informaciones: Paulo IV, que lo habia conocido en Trento y se hallaba informado de sus posteriores tareas, dispensó todas las fórmulas, diciendo que el nombre de Bartolomé Carranza era la mejor de las garantías. Recibidos los despachos, otorgó poder el dominicano en 15 de enero de 1558 para que Pedro de Mérida, canónigo de Palencia, y el licenciado D. Diego Bribiesca de Muñatones, del consejo y cámara del rey, tomasen posesion en su nombre de la silla arzobispal. Al son del órgano entre repique de campanas, llena la catedral de gente, salió en 5 de marzo el cabildo de Toledo en procesion por el coro, llevando el breve apostólico en una fuente dorada. Sentado Mérida en el sillón del arzobispo, recibió muchas monedas en un plato, volviendo en seguida á la sala capitular: juró allí Bribiesca en representacion de Carranza las constituciones y el estatuto de limpieza, y dando las

gracias al cabildo, concluyóse la solemne ceremonia, quedando desde entónces Mérida por vicario general y gobernador del arzobispado.

En el convento de Santo Domingo de Bruselas, á 27 de febrero de 1558, fué consagrado el primado español por el cardenal obispo de Arras, despues arzobispo de Malinas que tanto figuró posteriormente en la península y en los Países Bajos con el nombre del cardenal Granvela. Lucidísima concurrencia asistió al solemne acto, y el clero flamenco pasó á felicitar al dominicano que anunció desde aquel momento su partida, acabando en Amberes la impresion, de su famosa y funesta obra: «Comentarios del reverendísimo Sr. fray Bartolomé Carranza de Miranda, arzobispo de Toledo, sobre el catecismo cristiano.»

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA POR ANA MARÍA,

traducida del frances por D. E. DE OCHOA.

V.

Quando quedó sola María con su madre y la dulce Anastasia, díjoles fijando en ellas sus ojos cansados por la muerte:

¿Con qué he estado dormida mucho tiempo? ¿Qué ha sucedido durante mi sueño? repuso tendiendo los ojos con asombro en derredor de sí. ¿A qué fin esas flores, esos perfumes? ¿por qué estoy prendida y tocada como para la sepultura? ¿Sueño todavía ó estoy despierta? Tengo la cabeza llena de imágenes confusas.

¡Hija mia, querida María! dijo la madre fuera de sí y sofocada por el llanto, ¡oh! ¡déjame que te contemple!.... Y Sara se arrastraba de rodillas hasta los pies de María, á quien habian sentado en el borde de su lecho, porque la jóven resucitada estaba muy débil... María, háblame, háblame sin cesar... ¡he estado tanto tiempo sin oir tu voz!... Y Sara besaba sus manos, su frente y sus cabellos, miéntras que Anastasia silenciosa, la observaba con una admiracion á que se mezclaba cierto religioso terror.

Anastasia ¿qué tienes? dijo María.

¿No te recuerdas de nada? preguntó Anastasia.

Bajó María los ojos, y pasándose la mano por su frente pálida y fria todavía:

¿No habia cesado de vivir? dijo.

Palpó entónces lentamente á su madre y á Anastasia que se estremeció al contacto de sus helados dedos, y convencida de la realidad de lo que veia, repuso:

¿Luego solo he soñado que habia muerto?

¿Qué importa? María, dijo Sara: no hablemos de lo pasado: estamos reunidas y ya no nos separaremos más.

¿Qué sientes, María, dentro de tí? preguntó Anastasia.

No sé, respondió la jóven resucitada: no sufro ya como en aquel momento en que creí sentir que abandonaba mi alma esta frágil morada, pero no siento tampoco en mí aquella abundancia de felicidad que me inundó de repente: entónces era feliz como no es dado serlo aquí en la tierra. ¡Oh! ¡cuan hermoso era mi sueño! Todavía deslumbra mis ojos su esplendor, y todo aquí me parece tan sombrío, tan triste! ¡Cuan pálida es la luz comparada con la que he visto en sueños! ¿No tienen ya sus rayos brillo ni calor? Por qué está así la naturaleza oscura y desolada? añadió, fijando sus ojos sobre la perspectiva (espléndida para ojos mortales) de los campos de la Palestina, iluminados por el sol de mediodía.—Y luego, el viento de la tierra me enfria el corazón; madre, abrígame.

Su madre la estrecha en sus brazos, y Anastasia procura calentarle los pies con su aliento.

¿Y quién, dijo María, quién me volverá aquel ensueño? ¡Si supierais que recuerdos me ha dejado! Mi alma se sumergía una y mil veces en un océano de infinito amor, que la abrasaba, y la vivificaba sin medida... pero en este aire helado, me siento morir..., ¡Ah! ¡si pudiera volver á dormirme para seguir soñando!

Al oír estas palabras siente la madre como si la clavarán un cuchillo en el corazón, y esclama:

¡Cómo, María! ¡echas de ménos la muerte estando conmigo!

La muerte!.... ¡aquello era la muerte! ¡oh madre mia!... entónces ¡cuan hermosa es la muerte! La muerte es la luz, la alegría, la felicidad: es la verdadera vida.... Dejarme que vuele á ella, exclamó poniéndose en pié y tendiendo los brazos al cielo... ¡Ah! ¿cómo libertarme de este pesado cuerpo mortal que me impide volar hácia Dios? ¿Quién, quién me ha traído á la tierra de la angustia y del dolor?

Sara no respondía; aquella inesperada pesadumbre en medio de una felicidad inaudita la anonadaba.

Tu madre ha sido, dijo Anastasia que aun seguía arrodillada á los pies de la hermosa vírgen.

Sí, yo he sido, yo, exclamó Sara entre sus sollozos, mis lágrimas, mi amor han enternecido al omnipotente... mi ternura te ha dado la vida segunda vez.

¡Oh madre mia! ¿qué habeis hecho?

¡Ingrata! sientes haber vuelto al mundo para consolar á tu madre?

¡Ah! ¡si supieras, María! tu pobre madre no podía vivir sin tí; no podíamos calmar su horrible desesperacion.

¡Cuán ciegos somos en este lado de la vida! Ambas me llorabais, dijo María, poniendo una de sus manos sobre los rubios cabellos de su compañera, echando á su madre una mirada celestial: me creiais ausente, y yo, yo estaba viendolos á una y otra; yo estaba á vuestro lado; yo hubiera consolado tu dolor, Anastasia, y hubiera mitigado y adormecido el tuyo, madre querida. Yo hubiera venido por la noche á sentarme junto á tu cabecera y á mecer blandemente tu sueño, ó mas bien, si Dios permite que te lo revele... miéntas tu cuerpo hubiera estado sumergido en el letargo, tu alma, libre y contenta, hubiera ido á gozar de los encantos del cielo junto á mí. Así es, dijo la niña

acercándose á su madre y á su amiga, y hablando con voz armoniosa y dulce como la brisa de la tarde entre las palmeras; así es como sin saberlo nosotros, somos iniciados de antemano á la felicidad de otra vida cuyo vago y misterioso recuerdo conservamos en esta: despues hubieras traído á la tierra algunos de aquellos consuelos sin causa, ó de aquellas inesperadas alegrías que nacen á veces repentinamente en una alma aflijida. Y luego, madre querida, tus penas contadas una á una delante de Dios, te hubieran granjeado la dicha de ver reducido el plazo de tus trabajos en este mundo; las amarguras llevan en sí su recompensa.... abrevian los dias... Pronto hubiéramos estado reunidas por toda la eternidad, junto á los santos que nos han precedido, y á quienes todavía lloras, mientras ellas se regocijan. ¡Oh madre mia querida, qué has hecho, qué has hecho!.... Has hecho que vuelva á caer el peso del tiempo sobre mi alma, y ahora, ¿cómo quieres que le soporte despues de haber ceñido un dia entero la eterea vestidura del cielo?

María, tus palabras me parten el corazon, respondió Sara.

Levantóse Anastasia silenciosa, y se puso á contemplar á la que habia visto los cielos: al cabo de algunos momentos, exclamó:

María, adios; en Antioquia persiguen á los cristianos, y yo quiero ir al martirio.

Vé, dijo María; yo he visto el luminoso asiento que te está reservado en el cielo y tu madre no te hará bajar de él.

María, María, quieres matarme? dijo Sara.

María la echó los brazos al cuello, y prorumpió en llanto.

Escucha, prosiguió la madre despues de un largo silencio: aun te esperan muchas delicias de que tú no tienes idea. Tu jóven y gallardo desposado va á volver muy pronto de su largo viage; tú le amabas, María, y él te ama desde que te vió tan hermosa en las fiestas de la pasada pascua. Os casareis, serás feliz esposa y madre feliz. ¡Oh! tu no sabes lo que es la alegría de una madre que estrecha en sus brazos al primer fruto de su amor; tú lo sabrás, María, y verás que la tierra contiene una felicidad que el mismo cielo envidiaría, si no emanase de él.

Basta, madre, dijo María con dulzura; todavía resuena en mis oidos la voz de los ángeles, y las palabras de la tierra; ay! me los desgarran.

Y ambas quedaron llorando silenciosamente.

Al dia siguiente acudieron los amigos de Sara y las jóvenes compañeras de María á regocijarse con ella: la fama de aquella resurreccion se habia difundido por el pueblo, y todos querian visitar la casa del milagro.

La madre entonaba cánticos de accion de gracias, y sin embargo sus ojos estaban arrasados de lágrimas. ¡Oh alegrías humanas, siempre habeis de estar empapadas en dolores!

María parecia haber recobrado su serenidad; su hermoso y reposado continente era el de una santa resignada: ella tambien cantaba las alabanzas del Señor; pero con mas frecuencia se perdia su mente en largos y melancólicos arrobamientos. Sus ojos y su alma se alzaban á Dios; parecia engolfada en un dulcísimo deliquio, y cuando bajaba á las realidades de la vida se le oia decir en voz baja reprimiendo un suspiro: ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿acabará ya pronto mi destierro?

VI.

Ruben era hijo de Natanael, hermano mayor del padre de María. Habiendo tenido Natanael que recoger una herencia en la tierra de Besor, y sintiéndose viejo y quebrantado, encargó á su hijo que fuese á recogerla en su lugar. Al ir el mancebo á ponerse en camino, le dijo:

Sara, la viuda de mi hermano Anai, el santo Mártir, y María, su única hija, viven retiradas en Gédora, pacífica poblacion en el pais de los filisteos, á donde muchas veces pienso en ir á llevar mis cansados huesos. Pasa por su pueblo y salúdalas de mi parte: con arreglo á nuestras antiguas costumbres, María, la hija de mi hermano, deberia ser tu esposa; pero en el dia rara vez se observan las costumbres antiguas; nuestros mancebos, no escuchando ya mas que su voluntad, eligen muger segun los deseos insensatos de su corazon, en vez de recibir humildemente la que le destinan nuestros usos. Pero á tí, hijo mio, siempre te he hallado sesudo y dócil á mis consejos: escúchame. Observa á tu prima; si es buena y bella, y capaz de hacer feliz á un esposo, como lo era Sara, su madre, tómala por muger; en favor de esta alianza te donaré desde ahora los bienes que vas á recoger por mí en el pais de Besor, y acaso iré á acabar mis dias junto á tí, y la viuda de mi hermano, porque el pais que habitamos no está muy sosegado, y yo soy viejo y quiero morir y vivir en paz. Ahora, hijo mio, echa á andar: y la bendicion del Señor vaya contigo.

Púsose entónces Ruben en camino, y dando un paseo para pasar por Gédora, pueblo rodeado por todos lados de tierras labrantias, distantes de los caminos frecuentados, fué á hospedarse en casa de su parienta, donde habiéndose dado á conocer á la viuda de Anai como hijo de Natanael, su cuñado, Sara le recibió con mucho agasajo y con gran contento, y María como á un hermano que le enviaba el Señor.

Poco tiempo bastó á los dos jóvenes parientes para amarse. Ruben hallaba á María hermosa entre las mas hermosas doncellas de la Judea, y pronto dijo María á su madre.

Es joven y bizarro como Isaac, cuerdo, prudente y fuerte como Jacob: la madre de la que elija por esposa será sin duda una madre muy feliz.—Luego se sonrojaba y ocultaba su rostro bajo su velo, como la tierna palmera oculta bajo sus largas ramas su purpúreo fruto.

Habló entónces Ruben del deseo que habia manifestado su padre de verle elegir una doncella de su familia, y pidió á María por esposa á su madre.—Sara respondió:

El Señor ha escuchado mis votos propicio. Y dió gracias al Señor que le enviaba para sus postreros dias un hijo tan querido.

Celebráronse en seguida los esponsales, y Ruben partió para proseguir su viage, é ir á recoger los bienes que le estaban destinados. Durante su ausencia, ya bastante larga, habia acaecido la muerte de María.

Volvió Ruben poco tiempo despues, trayendo consigo numerosos criados, hermosos rebaños de ovejas blancas, y cincuenta camellos abrumados bajo sus pesadas cargas.

Llegado que hubo, dejó en los umbrales de la casa el empolvado báculo del caminante, á fin de mostrar á las que la habitaban que renunciaba por ellas á los viajes lejanos, y que ya nunca se ausentaria. Tu pais será mi pais, habia dicho á María, tu madre será mi madre, y reemplazará á la que perdí hace mucho tiempo.

María le recibió con una dulce alegría, y le dió con voz alterada el parabien de su feliz regreso; pero todo su aspecto estaba cambiado; no que la hallase tibia ó poco afectuosa, pero le parecía al enamorado mancebo que la rodeaba una aureola divina: algo luminoso brillaba en su mirada y en todo su rostro.

Sorprendido quedó Ruben al verla, y un respeto involuntario empezó desde entónces á mezclarse á su ternura.

Llamóle Sara aparte, y llevándole á la estancia inmediata, le contó los milagrosos sucesos ocurridos durante su ausencia; la rápida enfermedad, la imprevista muerte de María, el inmenso dolor que esta la habia causado, y la adorable misericordia de Dios, que se habia servido de uno de sus elegidos para volverla á su hija.

Todo fué dicho, todo fué escuchado con la sencillez de aquellos tiempos de la primitiva iglesia, en que los milagros engendraban la fé, y en que la fé, á su vez engendraba los milagros.

Ruben, prosternando el rostro contra el suelo, adoró á Dios en una profunda admiracion.

Mas pronto penetraron en su alma el espanto y el dolor.

¿Y qué? habia estado á punto de perder para siempre su querida María. Este pensamiento le heló hasta la médula de sus huesos, y ni aun el milagro bastaba á tranquilizarle.

Voló á donde estaba María, la cogió en sus brazos, y durante algunos momentos, no pudo hacer mas que llorar.

María le dijo mirándole con una espresion triste y dulce:

Ah Ruben, tú tambien quieres que yo viva.

¿Sí quiero que vivas, amada mia! ¿No sabes que yo no puedo vivir sin tí? Tú eres la luz de mis ojos y la alegría de mi alma: la sola idea de que pude no haberte hallado en estos sitios, á donde volví á buscarte lleno de esperanza, María, esta sola idea heló toda mi sangre en mis venas... Ah, véate yo sonreír, amada mia. Tiemblo, y me parece que voy á desfallecer....

Levantó María sobre él sus ojos llenos de una inefable dulzura, pero velados de tristeza; hizo un esfuerzo por sonreír, y su sonrisa fué á espirar en sus lágrimas. Volvióle sin embargo sus caricias, y apoyó sus puros labios sobre la frente morena del mancebo; mas pronto se desprendió de sus brazos, y le dijo apartándole suavemente de sí y meneando su linda cabeza:

Ruben, tú no sabes lo que es la muerte.

Confuso quedó el jóven desposado: sentia sobre su frente la deliciosa huella del casto beso de María, y sin embargo, las singulares palabras de la doncella habian como petrificado su corazon.

Hijo mio, le dijo Sara que acababa de acercarse á ellos: desde que un milagro nos ha traído á María, no es ya la misma que ántes: apenas la reconozco. Las inclinaciones y la alegría propias de su edad la han abandonado; huye de sus amigas y vive solitaria. Sus cantares no se mezclan ya, como ántes, á los de la alondra en los trigos; ya acabaron para ella los recreos y las ligeras danzas; ahora de continuo hace oracion, ó llora ó habla del cielo. ¿Qué mas diré? Sus pensamientos no son ya de este mundo: solo la ocupan los recuerdos que ha traído de la sepultura, y sin cesar aspira á la muerte como al único bien digno de ser apetecido. ¿Lo creerás, Ruben? El peso de la vida le parece tan grave, que á veces me arrepiento... ¡Oh, no!... no puedo arrepentirme de haberla vuelto á la vida; pero su tristeza me da la muerte.

Llevó Ruben clavadas en el alma estas amargas palabras, y por espacio

de algunos días, casi no se atrevió á hablar á María: algo de misterioso y de sagrado rodeaba á la que conocia los misterios de la tumba, y su amado estaba como amedrentado junto á ella. (Se continuará.)

LA VOZ DE LA SOLEDAD.

«Vox clamavit in deserto.»

Oh tumbas! oh ruinas!
Reliquias de existencia disipada!
Oh cual entre las nieblas matutinas
Contemplanos me agrada!

¡Qué placer tengo en veros,
Arcos triunfales, páginas de piedra,
En que corona el yelmo á los guerreros
Un penacho de hiedra!

Oh templos derribados
Por la mano del tiempo asoladora
Dó aun pienso oír los cánticos sagrados
Y el órgano que llora!

De una rota coluna
En el marmoreo zócalo apoyado,
Siempre se me figura oír alguna
Voz que habla á mi lado.

Su mística dulzura
Baña mi triste corazón en calma:
«— Mira, dice, ¡oh poeta! nada dura,
«Solo es eterna el alma!

«Los hombres que poblaban
«Esa estéril campiña, ¿dó se fueron?
«¿Dónde están los proyectos que formaban
«Y las cosas que hicieron?

«Todo pasó cual humo
«Lo que real y cierto parecía,
«Y solo queda en el espacio sumo
«Lo que no se veía;

«El oculto instrumento,
«Con que el mortal espera y ama y siente;
«De toda acción, de todo pensamiento
El invisible agente.

«El alma! flor preciosa
 «De los cielos, cual ellos duradera.
 «El alma! el alma, sí! la sola cosa
 «Como Dios verdadera!

«Oh insensatos mortales
 «De pecho audaz de entendimiento ciego,
 «Que así olvidais las cosas eternas
 «Por las que pasan luego!

«De las cosas terrenas,
 «Resplandecientes cual fosfórea llama,
 «Leves é innumerables como arenas,
 «Qué queda? Polvo y fama.

«¡Fama! Polvo mas vano
 «Que el que cubre del tiempo estos despojos,
 «Y que al ménos palpar puede la mano
 «Y pueden ver los ojos!

«Esta voz del desierto,
 «Este vago rumor que oye tu mente,
 «Oh tú que aspiras á saber lo cierto,
 «Medita atentamente.

«Este rumor pausado
 «Que resuena en las yermas soledades,
 «Es el eco que en ellas han dejado
 «Las pasadas edades:

«Es la cifra que encierra
 «Tu sola y gran verdad, filosofía,
 «Clave de todo aquello que la tierra,
 «De seguro sabia,

«Cuando esos que delante,
 «De tu vista se estienden, hoy desiertos
 «Dó solo escombros huella el caminante
 «Y cenizas de muertos,

«Ciudades opulentas
 «Eran, templos, palacios y jardines,
 «Teatro de batallas sangrientas
 «Y de ricos festines!»

Oh! cual mi pecho llenan
 De respeto y temor esas divinas
 Y austeras voces que en vosotras suenan,
 Oh tumbas! oh ruinas!

E. DE OCHOA.